

Eduardo Rosales (Madrid, 1836-1873)

Luis Rubio Gil

En el año que acaba de finalizar celebramos el 175 aniversario del nacimiento de Rosales. Estas breves líneas quieren ser un modesto homenaje a su recuerdo.

Eduardo Rosales nació en la calle San Marcos nº 21 de Madrid. Sus padres, Anselmo Rosales y Petra Gallinas. Estudió en las madrileñas Escuelas Pías de San Antón, en el Instituto de San Isidro y en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. A los diecinueve años, un vómito le avisó de la tuberculosis que le acompañará de por vida. A los veinte ya había perdido a sus padres. Tuvo un hermano, Ramón, con el que siempre mantuvo un fuerte lazo fraterno y de él recibió las primeras ayudas económicas para hacer realidad su sueño de ser pintor. Fue a Roma en un auténtico viaje iniciático. Su «diario» y correspondencia están llenos de líneas conmovedoras y alguna vez desgarradoras. Gozó y padeció amores decepcionantes e imposibles. Su primer amor juvenil, platónico y desalentado, fue Teresa López. Luego el apasionado y tormentoso, compartido con Carlota Giuliani, la bella casada de Roma. Y después la tierna felicidad conyugal con el cuidado solícito y amoroso de Maximina

Martínez Blanco, cuya dulce mirada dejó reflejada en el retrato que hizo a su futura esposa. Sufrió muchas horas de angustiado trabajo, tareas ilusionadas en Roma y reconocimientos oficiales en Madrid, París y Florencia. Pintó con ansias en desafío a la muerte que sentía cercana.

Impregnó sus cuadros con el nervio, la vivencia y la virilidad que hoy nos apasionan, nos admiran y nos obligan a amar su recuerdo y su presencia en cada pincelada. Con gran fidelidad a sí mismo pintó Rosales como sentía la pintura, sin atenerse a las clásicas normas academicistas, y desde el respeto a sus maestros, traspasó las barreras de su tiempo. Poseyó un concepto del color que dimanaba de su intimidad poética y de un admirable sentido de perfección en el dibujo. El gran número de sus dibujos que nos han llegado permiten estudiar la génesis de sus grandes obras. Dibujo de rápido y vibrante trazo, enérgico, riguroso, de gran fuerza expresiva.

Al pintar *Doña Isabel la Católica dictando su testamento*, supo sacudirse los tópicos para dotar a su gran primer cuadro de Historia de sus personalísimas exigencias de originalidad, fuerza y empuje de las que no quería abdicar. Su cuadro respira tal fortísima fuerza plástica que es difícil sustraerse a la fascinación de la solemnidad de un hecho histórico, al tiempo que el color —esos rojos, amarillos, verdes, azules, de los ropajes cortesanos—, aureola con su vigor, la melancólica nota resplandeciente de la Reina, blanco sobre blanco, que agoniza, y testa.

La Muerte de Lucrecia tiene los rasgos de febril armonía, de maravilloso dibujo, y de perfecto color presidido por la rotunda belleza del brazo desnudo de la protagonista tantas veces alabado. La atmósfera cromática, alejada del habitual realismo, y la feliz alianza de color y dibujo nos conduce de nuevo a aquella desconcertante sensación simultánea de equilibrio y de independencia que nos producía *el Testamento*.

Lo mismo ocurre con *La presentación de Don Juan de Austria al Emperador Carlos V en Yuste*. Sinfonía de color con las penetrantes



Doña Isabel la Católica dictando su testamento (1864), Museo de El Prado.

tes notas rosas y azules que rompen el comedido atuendo de los cortesanos. Todo ello acompañado de la profundidad expresiva de los personajes.

Toda esa filosofía la aplicó a otros cuadros de Historia: *Doña Blanca de Navarra es entregada al capital del Buch*, *Doña Juana la Loca en el Castillo de La Mota*... Todos ellos, personajes perseguidos por la desventura. Sensible a la poética de Shakespeare pintó a una *Ofeilia*, herida por el desdén de Hamlet, o con un ramo de rosas, o en un boceto, sobre la muerte de la heroína, que nos impresiona por su poderío poético y modernidad.

Entre otros temas que trató el pintor podemos destacar –*Los primeros pasos*– los de su hija Eloísa, en el que Rosales capta el ambiente cotidiano, añadiendo gotas de ternura. Así lo venía haciendo desde aquellas primeras pinturas: *Nena*, cuya carita acusa cierta picardía, o *Ángelo*, lleno de jovialidad, que solo un grandísimo pintor pudo reflejar con esa profundidad y delicadeza, o *La Ciocciara*, obra admirable y contemporánea. Rostro bellísimo de la modelo –Pascuccia– y su vestido lleno del encanto de un color impregnado por unas sabias pinceladas que fueron puestas desde la alegría que la pintura nos transmite

En el género del retrato no le faltaron buenos modelos de personajes socialmente relevantes como el *duque de Fernán Núñez*, o políticos ilustres: *D. Antonio Ríos Rosas*, o la hija del General Serrano, *Conchita Serrano* futura Condesa de Santovenia, verdadera y deliciosa sinfonía rosa. Claridad en el colorido, equilibrada composición, captación psicológica de la niña –once años– adolescente, y la sensación de la alegría creadora como en las pinturas anteriormente citadas.

Y están los retratos de su esposa, *Maximina Martínez Blanco*, captado su rostro con agilidad y con emoción y con gran fidelidad reflejando una profunda dulzura en su mirada o el de su tía *María Antonia*, o el dibujo de su *hija muerta*, coronando su frente de flores...

El magnífico desnudo femenino: *Al salir del baño*, ejecutado en una sola sesión. Su modelo Nicolina, posa con naturalidad, en medio de una magistral sencillez de color que refleja la tersura de la carne o el *Desnudo* del Museo Nacional de Buenos Aires o el de la colección Coca y Ávila.

El Autorretrato, de la colección Payá, está realizado en un lírico abocetamiento que está presente en el *retrato del violinista Pinelli*, o del escultor y amigo *Marcial Aguirre*.

El nacimiento de su segunda hija, Carlota, supuso un bálsamo al dolor de la pérdida de Eloísa, y para combatir su enfermedad viajó a Murcia, donde encontró en el paisaje un nuevo acicate para su ansia creadora, paisaje que ya había cultivado en el Pirineo oscense con su ex-



Retrato de Conchita Serrano (1872), Museo de El Prado.

traordinario lienzo *Camino a Panticosa* y otros paisajes en los que la crítica ha querido ver similitudes con Manet y Cézanne, en esa luz violácea del horizonte en su ocaso. Sumaremos a esta muestra *Los esquiladores*, *La venta de novillos*, *El naranjero de Algezares*.

Ya en la recta final de su vida aceptó el encargo de pintar los Evangelistas para las pechinas de la iglesia de Santo Tomás (Madrid), volviendo a sus orígenes de pintor con *Tobías y el Ángel*, que no quiso enviar como trabajo para justificar la beca real «de gracia», porque no lo encontraba tan perfecto como quería. Pintó, en Murcia, sacando fuerza de su cada vez más agresiva dolencia, *San Juan y San Mateo*, figuras de fuerte reciedumbre, llenas de espiritualidad.

Ya agonizante, recibió el nombramiento de director de la Academia Española de Bellas Artes, en Roma, en cuyo reglamento había colaborado a instancias de Emilio Castelar, que le admiraba. Murió el 13 de septiembre de 1873 en Madrid, en su domicilio de la calle Válgame Dios, 2. Sus restos descansan actualmente en la sacramental de San Justo y Pastor, junto a los de Larra y Espronceda.